

sado á Barcelona y asistia á las fiestas, pensaba más que en aquello, y procuraba aprovechar aquella coyuntura para mejorar por medio de un tratado de comercio las relaciones mercantiles entre ambas naciones. Todo el empeño, todo el afán del gobierno francés cifrábase en ver de conseguir la libre introduccion en España de sus manufacturas, principalmente de algodón y de seda. Cuatro años por lo menos hacia que sus embajadores y cónsules, so pretexto de haberse infringido por la administracion de la Hacienda española la letra y espíritu de los tratados de Basilea, no cesaban de dirigir quejas y reclamaciones sobre la prohibicion que en las aduanas se ponía á la entrada de sus brocados, de sus gorros, de sus pañuelos Chollet-Laval, de sus muselinas, de sus medias de color y blancas, de algodón y seda, y otros semejantes artículos ⁽¹⁾. Estas asíduas é incesantes reclamaciones fueron esforzadas por el nuevo embajador Beurnonville. A pesar de esto, pudo más en el ánimo de Carlos IV. el deseo de proteger y el temor de perjudicar la reciente industria manufacturera de Cataluña, y en 6 de noviembre de aquel año (1802), espidió una real cédula basada en el sistema prohibitivo, y quedando por lo tanto absolutamente prohibida la introduccion de todo género de algodón de fábrica estrangera ⁽²⁾. Comprén-

(1) Hemos visto originales multitud de estas quejas y reclamaciones en la correspondencia oficial de estos años que se conserva en el Archivo del Ministerio de Estado y de ellas están llenos los legajos 49 al 55.

(2) Decía el art. 9.º de la real

dese lo poco satisfechos que quedarían el gobierno y el embajador francés del resultado de sus esfuerzos en la negociacion mercantil en que tanto interés mostraban.

Los reyes permanecieron en Barcelona hasta el 8 de noviembre, y regresando por Valencia, Cartagena y Murcia, deteniéndose en todas partes á recibir y disfrutar de los festejos con que los obsequiaban á porfía las poblaciones que visitaban, no llegaron á Aranjuez hasta el 8 de enero del año inmediato (1803), habiendo invertido en esta expedicion desde su salida de Madrid muy cerca de cinco meses.

Entretanto el primer cónsul y su gobierno se habían ocupado en el arreglo de las cosas de Italia, en estrechar sus relaciones breve y pasageramente alteradas con la Santa Sede, en intervenir en los desórdenes

cédula: «Continuará con el mayor rigor la prohibicion de la entrada en todos los dominios de S. M. en España, Islas adyacentes, y de las Américas, de todas las manufacturas de algodón de fábrica estrangera, sea la que se quiera su denominacion.»

Y el 10.º: «Para evitar todo motivo de dudas se declaran comprendidos en la prohibicion los lienzos blancos pintados ó estampados, con mezcla de algodón, lino y seda; las cotonadas, blabets, biones en blanco ó azul, las muselinas y estopillas, los gorros, guantes, medias, mitones, fajas y chalecos hechos á la aguja ó al telar; los flecos, galones, cintas, felpillas, borlas, alamares, delantales, sobrecamas, flanelas de al-

godon y lana, y otros cualesquiera géneros semejantes.»

El príncipe de la Paz, en sus Memorias, esplica la opinion que tuvo en este negocio, favorable al libre comercio, con la cual no se conformó el rey, despues de haber oido al ministro Cevallos y á gran número de consejeros, y dice que lo que acabó de decidir á Carlos IV. fué la siguiente reflexion que uno de ellos le hizo: «Si la concurrencia libre de los géneros franceses llegase á malparar algunas fábricas entre nosotros, son de temer el descontento y los motines de la parte de los obreros.»—Carlos IV. se horripilaba á la sola idea de un alboroto popular.

y turbaciones de Suiza, y principalmente en la grave, complicada y difícil cuestión de las secularizaciones de los Estados eclesiásticos de Alemania acordadas en el tratado de Luneville. Estas secularizaciones, que traían consigo la necesidad de indemnizar á los poseedores de los Estados suprimidos, y la de introducir grandes cambios en la constitucion germánica, por fuerza habia de producir disputas y dificultades nacidas de los encontrados intereses y de las aspiraciones y pretensiones, mas ó menos codiciosas, de los príncipes alemanes de primer órden. Napoleon intervino en estas disputas, y optando por la alianza de Prusia y despues de hecho un proyecto de indemnizacion con esta potencia y con los príncipes alemanes de segundo órden, consiguió que el emperador Alejandro de Rusia aceptára con él el papel de mediador, y juntos presentaron á la Dieta de Ratisbona el proyecto de indemnizacion concertado en París. No nos toca referir ni esplicar los obstáculos que se ofrecieron por parte de Austria y de Prusia, ni los choques entre unas y otras potencias á que aquellos dieron lugar, ni los empeñados debates de la Dieta, ni las negociaciones parciales que entre unas y otras córtés se seguian, ni los efectos que en cada una produjo la actitud amenazadora del primer cónsul. No teniendo estos sucesos, aunque gravísimos en sí, relacion directa con la historia de nuestra nacion, cúmplenos solamente apunrarlos, y solo añadiremos que al fin la córte de Viena

tuvo que adherirse al *conclusum* de la Dieta, y que la deliberacion de febrero de 1803 puso término á la espinosa cuestion del arreglo de los asuntos germánicos.

Otros sucesos habian de ser de mas influencia y de mas compromiso para el gobierno español. Sentíanse ya amagos y observábanse síntomas de ruptura de la tan celebrada paz de Amiens. Inglaterra no podia ver con ojos serenos el engrandecimiento de la Francia en Europa y en América, su prosperidad interior, la importancia y el ascendiente de su eficaz intervencion en los asuntos de Alemania y de la Helvecia, el viage de un general francés á Oriente al parecer con miras de nuevo sospechosas sobre Egipto. Continuaban las polémicas destempladas y mutuamente ofensivas entre los diarios ingleses y franceses, la puéril irritacion de Napoleon por los improprios de los emigrados de Lóndres y sus exigencias exageradas al gobierno inglés para su espulsion y castigo, y las contestaciones del gabinete británico escudándose en las leyes de imprenta, y quejándose á su vez de los artículos injuriosos de un periódico conocidamente oficial como el Monitor. Aquel gobierno abogaba en favor de la independencia suiza, y el primer cónsul obraba al revés enviando al general Ney con grande ejército á la Helvecia y ordenándole que procediera con celeridad y resolucion hasta subyugarla. El alto comercio inglés no estaba por la paz; en el parlamento habia un poderoso partido contra ella, y el ministro

Addington que la habia celebrado y queria conservar, no se atrevia á romper, ni lo permitia su situacion política, con los partidarios de la guerra. La Inglaterra no evacuaba á Malta, como estaba convenido en el tratado de Amiens, porque pedia que ántes se cumpliera otra de las estipulaciones del tratado, á saber, que Austria, Prusia, Rusia y España salieran garantes del nuevo órden de cosas establecido en Malta, y hasta tanto se creia autorizada para diferir la evacuacion. Esta cuestion fué la que mas predispuso al rompimiento.

Ibanse acalorando más y más las contestaciones. En un despacho de Talleyrand á Mr. Otto, embajador de la república en Lóndres, le decia al final de la instruccion: «Aunque estallára de nuevo la guerra del continente, poco nos importa, pues Inglaterra será la que nos haya obligado á conquistar la Europa. El primer cónsul solo tiene treinta y tres años, y hasta ahora únicamente ha destruido estados de segundo órden. ¡Quién sabe el tiempo que necesitará, si le obligan á ello, para volver á trastornar la faz de Europa, y resucitar el imperio de Occidente!» Mientras en el parlamento británico se pronunciaban elocuentes y fogosos discursos sobre la conducta de Francia, sobre el cumplimiento de los tratados y sobre la política del ministerio, Napoleón constituia la Suiza, con la serenidad de quien parecia no alterarse por aquellos desahogos; mas cuando llamó á las Tullerías al emba-

jador inglés lord Withworth, despues de exponerle el cuadro de la conducta pasada y presente del gobierno británico: «Cada viento, le dijo con calor, que se levanta en Inglaterra llega á mí preñado de odio y de ultrage. Ahora nos encontramos en una situacion de la cual es preciso salir á toda costa. ¿Quereis cumplir el tratado de Amiens? ¿sí, ó nó?» Y concluyó con estas terribles palabras: «Debeis tener entendido, que mas quiero que os apodereis de las alturas de Montmartre (faubourg de París) que no veros en Malta.»—«¿No es verdad, milord, le dijo en otra ocasion, que es una temeridad hacer un desembarco en Inglaterra....? Pues bien, milord, como me obligueis á ello, estoy resuelto á intentar esta temeridad.... He pasado los Alpes en invierno, y sé cómo se hace posible lo que parece imposible á la generalidad de los hombres; y como llegue á conseguir mi intento, vuestros descendientes llorarán con lágrimas de sangre que me hayais obligado á tomar esta resolucion....»

Semejante lenguaje alejaba ya, si no toda posibilidad, por lo menos toda esperanza de paz. El mensaje del rey Jorge III. al parlamento británico (8 de marzo, 1803) acabó de irritar al primer cónsul, y se preparó activamente á la guerra. Para proporcionarse fondos, no queriendo apelar á empréstitos, discurrió lo que nadie habria podido imaginar, á saber, vender la Luisiana á los Estados Unidos por una canti-

dad de dinero, que se ajustó en ochenta millones, de los cuales veinte servirían para indemnizar al comercio americano por las presas que ilegalmente se le habían hecho en la última guerra, y sesenta quedarían á favor del tesoro de Francia. Con esta singular venta quebrantaba Bonaparte el artículo de un tratado solemne hecho con España, en el que, al tiempo de ceder á la Francia aquella colonia, se había estampado la cláusula de que en el caso de no convenirle en algun tiempo poseerla no había de poder traspasarla á potencia alguna, sino á la misma España. Violábase pues de un modo desdóroso el pacto de retroversion, y con esto comenzaban para España nuevos compromisos antes de declararse la guerra ⁽¹⁾.

Esta declaracion no podia ya hacerse esperar mucho. Sin embargo, cruzáronse todavía proposiciones de una y otra parte. Pedia Inglaterra la ocupacion de Malta por diez años, la isla de Lampedusa, que Fran-

(1) Contra esta venta reclamó inmediatamente el gobierno español encargando á Azara en despacho de 22 de mayo (1803), que protestáse solemnemente contra ella, enviándole todos los antecedentes necesarios. Hizolo así el embajador (5 de junio), y al propio tiempo exigía que el primer cónsul mandara evacuar la Toscana de las tropas francesas, y la inmediata consignacion de los Estados de Parma y Plasencia al rey de Etruria, como posesiones que le pertenecian por legitima sucesion.—El ministro de la república contestó (10 de junio), queriendo

justificar la venta por el retraso con que decia haberse entregado á Francia aquella colonia despues del tratado, y que no hallándose la Luisiana en la misma situacion que en la época en que España consintió en la cesion, no podia el gobierno francés, en la marcha que tenia que seguir, perder de vista los importantes cambios sufridos bajo su administracion en un tiempo en que el estado actual de las colonias y de los negocios de Europa se complicaban extraordinariamente. El lector comprenderá la fuerza que podian tener semejantes razones.

cia evacuára inmediatamente á Suiza y Holanda, y que fijára una indemnizacion al Piamonte, ofreciendo la Gran Bretaña en recompensa el reconocimiento de los Estados italianos. Si el gobierno francés no admitia estas condiciones, el embajador pediria sus pasaportes. Dábase para la resolucion el plazo de siete dias (de 25 de abril á 2 de mayo, 1803). Francia ofreció todavía entregar á Malta en depósito al emperador de Rusia hasta que se zanjaran aquellas diferencias, y logró que aquel soberano y el de Prusia se prestasen á ser mediadores. Mas ni esta proposicion, ni la de dejar á los ingleses la posesion de Malta por tiempo indeterminado, con tal que los franceses ocuparan por el mismo tiempo el golfo de Tarento, fueron admitidas por lord Withworth, que manifestó no serle dado diferir más su marcha si Francia no se adheria formalmente á lo que pedia su gobierno. En su virtud se expidieron al embajador sus pasaportes; tomó los suyos en Lóndres el embajador francés, general Andreossy (12 de mayo, 1803), y de este modo quedó rota la paz de Amiens á poco mas de un año de celebrada. La marina real inglesa comenzó á perseguir el comercio francés y á apresar buques mercantes. Irritado con este acto el primer cónsul, entregándose á todo el ardor de su carácter, mandó considerar como prisioneros de guerra todos los ingleses que viajáran por Francia en el instante del rompimiento. La guerra sin embargo no se declaró públicamente hasta el 22 de mayo.

Los preparativos para esta guerra aterraron al mundo, principalmente los marítimos; y no era para menos, pues se trataba de lanzar sobre Inglaterra ciento cincuenta mil hombres, doce ó quince mil caballos, y trescientas ó cuatrocientas piezas de artillería. Asustaba pensar en el número de buques necesario para este inmenso trasporte, pero causaba mas asombro ver trabajar en todos los puertos y arsenales de Francia en la construcción de mil doscientas á mil quinientas lanchas y botes cañoneros, canoas y peniches, capaces de llevar tres mil bocas de fuego de gran calibre, sin contar las piezas de menores dimensiones; pensamiento asombroso, y problema que parecia de imposible resolución (1). Por último se hizo ascender la escuadra de guerra de mil doscientos á mil trescientos buques, y la escuadrilla de trasporte á novecientos ó mil; «conjunto naval prodigioso, esclama con razon un historiador, sin ejemplo en los tiempos pasados, y probablemente tambien en los futuros!» De los cuatrocientos ochenta mil soldados disponibles, distribuidos en las Colonias, en Hannover, Holanda Suiza, Italia y Francia, se formaron seis grandes cam-

(1) Es curiosa la descripción de la forma y condiciones de cada una de las tres especies de barcas que se inventaron, segun el servicio y el género de maniobras á que eran destinadas. Calculaba el ministro Decrés que á costa de cien barcas y de diez mil hombres se podría aventurar con pro-

habilidad de buen éxito el encuentro con una escuadra enemiga y atravesar el Estrecho: á lo cual contestó el primer cónsul: «Eso se sacrifica todos los dias en una batalla; ¿y qué batalla ha ofrecido nunca los resultados de un desembarco en Inglaterra?»

pamentos; de ellos trescientos mil veteranos aguerriados estaban en disposición de entrar inmediatamente en campaña. Los recursos con que contaba Napoleon para mantener este pié formidable de guerra eran los siguientes: el precio de la venta de la Luisiana:—Nápoles, Holanda y Hannover mantendrian sesenta mil hombres: España, Parma, Liguria y la república italiana pagarian un subsidio regular: los inmensos donativos voluntarios de los departamentos y ciudades, y un aumento en los productos de la renta pública. A pesar de tan inmensos armamentos, la lucha iba á ser gigantesca y podia ser dudosa, porque si Francia era poderosa en el continente, Inglaterra habia conquistado el imperio del mar, é iba á desplegar su imponente pabellon en ambos hemisferios.

El primer cónsul, acompañado de su esposa, recorrió todas las costas, activando los preparativos para la gran espedicion, ostentando una pompa régia, y recibiendo homenajes como los que se tributan á los reyes. Ensanchóse el puerto de Boulogne, donde se creó como por encanto un inmenso establecimiento marítimo, y reuniéronse en el canal de la Mancha todas las divisiones de la escuadrilla, donde se ejercitaban en maniobras y combates brillantes las lanchas cañoneras contra los bergantines y fragatas, en tanto que los cuerpos de tropas, distribuidos á lo largo del mar, hacian tambien sus ejercicios militares. Todo parecia estar pronto para la grande empresa en el invierno de

1803, y esperábase con confianza verla en breve realizada.

Supónese que las demas potencias no habian de mirar con gusto la gran lucha que nuevamente iba á abrirse, y si bien las más culpaban de ella á la Gran Bretaña, y no sufrían la preponderancia que aquella nacion queria ejercer sobre todas en los mares, también temían la dominacion que la Francia amenazaba ejercer sobre Europa, y más por quien al cabo era el producto de la revolucion francesa, por mas que pareciera comprimir los excesos de la anarquía. Austria no tenia ningun interés marítimo que defender. Prusia, mas interesada, intentó hacer un arreglo que conviniera á las dos naciones que se estaban amenazando. Rusia, á quien ocupaban á la sazón otros cuidados, y que por lo mismo sentia doblemente el rompimiento, ofreció su mediacion al primer cónsul, el cual se apresuró á aceptarla, pero era calculando que rehusada ó recibida con frialdad aquella mediacion por Inglaterra, habia ésta de darle pretesto para justificar la guerra á todo trance que pensaba hacerla. Y por último, viendo ó aparentando ver en las proposiciones de Rusia extremos poco aceptables para Francia, declaró al emperador que agradecia sus buenos oficios, pero que atendida la inutilidad de sus esfuerzos debia creer que el destino traia la guerra, y que la haria, no doblando la cerviz ante una nacion orgullosa acostumbrada por espacio de veinte años á hacerla

doblar á todas las potencias. Veamos la grave cuestion que se suscitó con respecto á España, y el partido que tomó nuestro gobierno.

Pero antes de esplicar lo que medió sobre este asunto conviene advertir, que ya en diciembre de 1802 habia el embajador francés Beurnonville indicado al príncipe de la Paz la idea de que nadie como el rey Carlos IV. podia hacer un importante servicio á la Francia y á sus parientes los príncipes proscritos de la familia de Borbon, insinuándoles la conveniencia de que renunciáran á sus derechos al trono francés, dejando ya de servir su nombre á locas conspiraciones, que no podían producir otra cosa que inútiles perturbaciones y dar que hacer á la autoridades y á los verdugos; á cambio de lo cuál el primer cónsul estaba dispuesto á resarcirles sus bienes de la manera posible, y á formar á cada uno un patrimonio correspondiente á su alta clase y alcurnia. Contestóle el ministro español que el pensamiento del primer cónsul seria muy generoso, pero que él no se atreveria ni aun á proponérselo cuanto más á aconsejárselo á su soberano, pues sobre no poderse suponer que aquellos príncipes accedieran á la renuncia de una corona cuya esperanza, por ilusoria que fuese, era su único consuelo en el destierro (en cuyo caso el desaire á un pariente tan inmediato le seria muy penoso), este paso podria estar bien en cualquiera otro á quien no ligáran los vínculos que unian á Carlos IV. con aquellos

príncipes desgraciados. Despues de alguna réplica preguntó el embajador si le autorizaba á trasmitir su respuesta al primer cónsul; contestóle el de la Paz que no tenia reparo en ello, con tal que lo hiciese siendo eco fiel de la templanza con que él se habia producido. En su virtud participó Beurnonville al primer cónsul el resultado de aquella conferencia.⁽¹⁾

Otra de las pretensiones de Beurnonville fué que no se permitiera estampar en los papeles del gobierno, ó sea en las Gacetas de Madrid, lo que en los diarios ingleses se escribía contra la Francia ó contra su gefe, de lo cual se quejó amargamente el embajador como de cosa impropia de un gobierno aliado y amigo. A esto respondió el príncipe de la Paz que ya á la Gaceta y al Mercurio les estaba prohibido insertar los libelos que se publicaban contra la república ó su primer magistrado, pero que no veia razon para que se pretendiera prohibir del mismo modo la insercion de los artículos de los diarios ingleses y franceses, y principalmente de los discursos y debates del parlamento británico, como se copiaban los discursos, proclamas y noticias oficiales del Monitor. Por mas que esforzó su queja é insistió en su reclamacion Beurnonville, no

(1) El príncipe de la Paz la refiere circunstanciadamente en sus Memorias. Sin embargo algunos no quieren atribuir el mérito de esta contestacion al ministro, y la suponen dada por el rey. Lo notable es que estos mismos son los que representan al ministro como el oráculo del soberano.
La propuesta de abdicacion se la hizo despues el rey de Prusia. La contestacion del conde de Provenza fué tan entera y tan digna como era de esperar.

pudo conseguir más sino que se pusiera al pié de cada artículo tomado de los diarios de Lóndres: «*Estracto del Times: Estracto del Morning-Chronicle, etc.*»

Tales contestaciones, unidas á los resentimientos que venian ya de atrás, señaladamente desde el tratado de Badajoz, aumentados con el de los matrimonios de los príncipes de España y Nápoles, y con las cuestiones producidas por la herencia del ducado de Parma y la venta de la Luisiana, constituian un catálogo de quejas y cargos que mutuamente se hacian el primer cónsul y el príncipe de la Paz, los cuales se miraban no solo con recíproca desconfianza, sino con abierta ó muy poco disimulada enemistad personal. Napoleon llegó á sospechar, y aun no se recataba de decir, que el príncipe de la Paz hacia traicion á su alianza, que mantenía íntimas relaciones con los ingleses, y aun estaba vendido á ellos, y en su virtud estableció uno de los seis grandes campamentos en Bayona, como amenazando ya á España.

En esta mala disposicion de los ánimos habia sobrevenido la declaracion de guerra. El gobierno español se habia propuesto esta vez ser neutral, y por mas que se diga que á Napoleon le era indiferente tener á esta nacion por amiga ó por enemiga, porque de todos modos en su estado de impotencia le habia de ser inútil⁽¹⁾, es lo cierto que quiso obligarla á esplicarse,

(1) Mr. Thiers es el que se explica así, hablando de España con el mas desdeñoso desprecio. Despues que la Francia habia es-

pronto quejándose de que siguieran recibiendo buques ingleses en los puertos de la península, y exigiendo ya que siguiera un sistema mas pronunciado en favor de la Francia (1). Procuró nuestro embajador persuadir al primer cónsul de que la neutralidad era una necesidad imperiosa para España, y de ningun modo falta de afecto á la república y á su gefe. Aparentando entonces generosidad el primer cónsul, manifestó que aunque con arreglo al tratado de San Ildefonso de 1796 tenia derecho á exigir de España que le auxiliase con veinte y cuatro mil hombres, quince navíos de línea, seis fragatas y cuatro corbetas, que-

plotado su amistad, exigiéndole los continuos sacrificios que la habian quebrantado, si no agotado sus fuerzas, dice: «Del mismo modo impotente, ya se la considerase como amiga ó como enemiga, no se sabia que hacer de ella, ni en la guerra ni en la paz. El primer cónsul decia, y con razon, que lanzar á la España en la guerra seria tan inútil á la Francia como á ella misma, que no figuraría nunca de una manera brillante...» Y esto lo dice el historiador francés de una nacion cuya alianza habia sido tan solicitada, que habia sido la mas fiel en ella, cuya escuadra habia retenido años enteros á su servicio, que habia salvado sus navíos de no pocos peligros en Brest y en Cádiz, que habia hecho la guerra á Portugal para obligar á este reino á separarse de la alianza inglesa, y de la cual habia dicho Luciano Bonaparte al indicar la conveniencia del ideado enlace de su hermano con una princesa es-

pañola: «Nuestra union ilimitada en todos puntos nos haria señores exclusivos de la política europea.»

No era ciertamente lisonjero entonces el estado de nuestra nacion, ni su gobierno para ser elogiado, pero al cabo ni aquellos hechos dejaban de estar recientes, ni eran antiguas aquellas palabras, para que el ilustre historiador del Consulado y el Imperio tratara con tal menosprecio á una nacion que el mismo primer cónsul habia adulado poco tiempo hacia, y cuyos servicios no le habian sido inútiles.

(1) Comunicacion de Talleyran á Azara; 25 de junio, 1803. —En efecto, una escuadra inglesa se hallaba refugiada en la Coruña so pretexto de cuarentena, y además en las aguas de Cádiz y Algeciras habian sido apresados varios buques franceses por los ingleses, á la vista y sin oposicion de los españoles.

riendo dar á su aliada una prueba de su amistad, consentiría en que se mantuviese neutral con tal que reemplazase aquel auxilio con un subsidio en metálico y la libertad del comercio francés; poniendo grandes trabas al de Inglaterra, y que se dieran ámplios poderes á Azara para ajustar un convenio en este sentido.

Trasmitida por Azara esta proposicion á Madrid (4 de julio, 1803), pidiendo instrucciones precisas y no arbitrales, y significando su deseo de que esta plenipotencia se confriese á otro, contestóle el ministro Cevallos, pasando una nota en igual sentido al embajador francés, que el rey se hallaba pronto á cumplir el tratado de alianza, pero que amante de la paz de los españoles, interpondria sus buenos oficios con Inglaterra, en union con las potencias garantes del tratado de Amiens, á fin de reducirla á medidas mas conformes al interés de la humanidad. Esta respuesta no podia satisfacer á Bonaparte; y como al propio tiempo supiese las disputas que con su embajador en Madrid sostenia el príncipe de la Paz sobre la inteligencia de las obligaciones del tratado de San Ildefonso para esta guerra, y que su principio era no dejar de ser amigo de Francia pero no chocar con Inglaterra, lo cual le confirmaba más y más en sus sospechas de que se estaba entendiendo con aquella nacion, hizo pasar una enérgica nota (27 de julio), que contenia: quejas amargas de la conducta del ministro español; necesidad de que declarára franca y sencilla-

mente si el rey queria ó nó cumplir lo estipulado en el tratado de alianza; en qué época y de qué manera; la alternativa de una completa cooperacion á la guerra marítima, ó la prestacion de un subsidio de seis millones mensuales, y de veinte y cuatro por los cuatro meses ya trascurridos; y que de estas condiciones no se separaria un ápice el primer cónsul. Azara la transmitió á su gobierno llamando la atencion sobre lo exorbitante de la suma, é indicando que semejante neutralidad no podia ser mas que aparente, y que no podia librarnos de romper con Inglaterra.

No se hizo esperar mucho otra nota todavía mas apremiante (16 de agosto, 1803), puesto que en ella se decia que la medida de las ofensas recibidas de España estaba á punto de colmarse; que el primer cónsul se complacia en creer que no era S. M., sino consejeros pérfidos vendidos á Inglaterra, la causa de aquellos ultrajes. Y procediendo á exigir satisfacciones, pedia: el valor de unos buques apresados en Algeciras por los ingleses, tasados en tres millones: que el oficial que mandaba en Algeciras y no lo habia impedido, fuera juzgado y sentenciado por un consejo de guerra: que se destituyera inmediatamente al gobernador de Cádiz por haber querido hacer entrar en una leva de milicias algunos franceses: que se hiciera lo mismo con el de Málaga, donde se decia que otros franceses habian sido maltratados: que se declarara responsables á los comandantes de mar y tierra de la

Coruña de la seguridad de cuatro buques franceses surtos en el Ferrol que no habian sido socorridos: que se revocára la orden que se habia dado de poner cien mil hombres sobre las armas: que las tropas enviadas á Cataluña, Navarra, Vizcaya, Asturias, Valladolid y Burgos se dirigieran á Gibraltar y la Coruña, y que se aumentáran las fuerzas marítimas para ayudar á la Francia en su honrosa empresa. Y concluia diciendo: que era ya tiempo de que los hombres que aconsejaban á S. M. y habian insultado la Francia se desengañáran, pues el primer cónsul estaba decidido á hacer ver que una alianza sellada con la sangre de los dos pueblos no se habia hecho para ser el juguete de las intrigas ó de la ciega política de unos pocos individuos.

El tono imperioso de Bonaparte, el lenguaje altivo y amenazador de Beurnonville con el príncipe de la Paz, la respuesta evasiva de éste, diciendo que Azara estaba encargado de entenderse en París con Talleyrand, la audiencia que de sus resultas tuvo el embajador francés con el rey, y lo no muy satisfecho que salió de la entrevista, le movieron á no comunicarse por entonces más con los ministros. Sin embargo, era cierto que á Azara se le habian enviado instrucciones (5 de setiembre, 1803), para que ofreciera á nombre de su soberano hacer causa comun con la república, tan luego como recibiera contestacion del monarca inglés á la intimacion que le habia hecho en correo ex-